

Universo Joven

Editor: ENRIQUE BUSTAMANTE MARTINEZ



EL UNIVERSAL

EL GRAN DIARIO DE MEXICO

MEXICO, D.F., SABADO 10 DE DICIEMBRE DE 1994

Cosas de scouts

Las aventuras de un campamento

Por ENRIQUE ZENIL

La estrecha relación que guardan los scouts y los perros es, definitivamente, una de las simbiosis más claras de la Madre Naturaleza.

Seguramente cuando los pobladores de una pequeña casa perdida en el campo ven pasar a los scouts rumbo a algún llanito para acampar, lo primero que hacen es soltar a sus flácidos y hambrientos perros, acostumbrados a comer sobras, y perfectamente entrenados en el refinado arte del asalto; seguramente en su mente canina se regocijan, relamiéndose los bigotes, al ver a los ilusos acampadores llenos de galletitas, quesos y carne, cosas que no deben verse muy seguidas por esos rumbos.

Los scouts al levantar sus campamentos, inmediatamente preparan la alacena, hecha a base de palos y mecahilo, colgada del árbol más cercano a donde se encuentre la tienda de campaña. La carne para no echarse a perder se coloca bajo una piedra dentro del río.

No sé si los perros vuelan pero al caer la noche invariablemente la mentada alacena también cae al piso estrepitosamente y, por supuesto, desaparece la comida. La carne en el gélido y profundo río es otro misterio que ni menciono.

Existen algunos ingenuos scouts que piensan que llevando latas no tendrán esos problemas. Nada más falso según mi propia experiencia: en un campamento de tropa cerca de Villa Carbón, en el estado de México, comenzamos a construir nuestros refugios con troncos y cuerda,

pero una tormenta los convirtió en una verdadera sopa de lodo. Por sorteo mi jefe de tropa y yo nos quedamos a cuidar comida y el resto de la tropa se fue a pedir asilo a una escuela rural como a siete kilómetros de ahí. Nosotros nos quedamos dentro de un refugio que logramos terminar. Como a las dos horas que nos dejaron solos, aparecieron unos 20 perros, rodeándose y literalmente atacándonos. Entre las pacas de yesca que cubrían las paredes del refugio vimos surgir sus fauces levándose latas, cajas de galletas, todo. Yo sentí pánico y mi jefe de tropa creo que hasta mojó su bolsa de dormir. A la mañana siguiente el sol alumbró la escena del crimen. No había rastro alguno de la comida y el resto de la tropa que no tardó en llegar no nos creyó una sola palabra. Tuvimos que regresar a nuestras casas desilusionados y con el estómago vacío.

Al llegar a la escuela rural, entramos a una tiendita abierta al lado y pedimos unos refrescos, uno de los guías de patrulla compró una lata de atún; al estar comiendo de ella la observé: era una lata que había comprado el viernes anterior para lme de campamento, tenía la etiqueta de la tienda y una abollada.

Así fue como mi jefe de tropa y yo salvamos nuestra credibilidad frente a un perro de campamento.